



FONDO ENTERRIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## PREFACIO.

“ ¡ Triste es el espectáculo de la decadencia de un gran pueblo ! ”

Tales eran las crueles palabras que resonaban del uno al otro confin de la Francia, cuando salia yo de Paris el año pasado. Partia para Italia, con la resolucion de escribir acerca de las últimas revoluciones de Roma, de Nápoles, de Florencia, del Piemonte, de Venecia y de la Lombardía. ¡ Qué de cuadros no iba yo á tener que pintar !

La revolucion de Julio en Francia habia sido el medio de cobrar fuerzas para llegar hasta la de Febrero. La primera derribaba la confusion sobre todas las ideas; la segunda derribaba todos los principios. Ya no fué Febrero una organizacion, sino una disolucion; y sin embargo, no ha sido Febrero mas funesto que Julio. La parodia de 1793, triunfante en 1848, ha aclarado mas de una vista ofuscada anteriormente; y todo presagia que ha de llegar á ser una reversion hácia el bien, una operacion regeneradora.

La Francia ha pasado ya por fatales probaciones, en las cuales habria perecido cualquier otra nacion; pero ha salido de ellas siempre grande. ¡ No se salvó la Francia de aquel tiempo execrable de Robespierre, de aquel tiempo que, con su monstruosa cuchilla, puede llamarse una fèria del crimen, y en el cual habia cobardes formidables, seguidos y precedidos por el terror, ateni-dos á matar para vivir? ¡ Y no ha sabido tambien esa misma Francia arrojar lejos de sí, cual harapos ridículos, diez constituciones seguidas, todas mas ó menos deplorables? ¡ Ah, no hay que dudarle, será de nuevo el pais señor de sus destinos y recobrará su omnipotencia el dia que quiera levantarse en toda su

dignidad y fuerza! ¡Y por qué? Porque tiene recursos providenciales, y porque sabe donde están esos recursos.

Cuando volvió Lord Aberdeen de París despues de Febrero, le preguntaba una persona en Lóndres:

“Decidme, milord, ¿qué cosa es el gobierno francés actual?”

“Amigo mio, fué la respuesta, es la caricatura mas lúgubre que se haya visto jamas (1).”

Los escritos del ciudadano Proudhon, de ese Crisóstomo del mal, han sido á veces útiles lecciones y han esparcido luces verdaderas. Nada mas notable que las palabras que dirige á los adoradores de todos los poderes, á los renegados de todos los cultos:

“¡Doctrinarios sin pudor! ¡Os atreveis á llorar vuestra religion perdida! Pues entonces, ¿por qué lanzásteis á Carlos X del trono!..... ¡Llorais vuestra gloria perdida! Pues entonces, ¿por qué hicísteis traicion á vuestro emperador!..... ¡Llorais vuestra virtud republicana! Pues entonces, ¿por qué degollásteis á Robespierre!..... ¡Gemís por vuestra monarquía humillada, antaño tan noble y popular? Pues entonces, ¿por qué habeis destronado á Luis XVI!..... (2) Si se hubiera consultado á la Francia en Julio de 1830, el pueblo habria escogido á Enrique V (3).”

Dios decia en otro tiempo á la onda impetuosa é irritada del mar: “¡De aquí no pasarás!” Hoy una voz terrible, voz que no viene del cielo, parece haber arrojado sobre la sociedad actual esta palabra de hielo: “¡No te moverás!”

Y en medio de los revolucionarios y los anarquistas que se lanzan á la destruccion del edificio europeo, reciben esta orden los defensores de las santas doctrinas:..... “¡No te moverás!”

Hay sin embargo una cosa mas triste que morir, y es *no vivir*: tal es el estado de la Francia, inmóvil en la actualidad. Doble-gada por la triste inestabilidad de la época presente y el vago te-

(1) Recuérdanos este dicho un episodio bastante chistoso de la sesión legislativa de 22 de Enero de 1850. Un diputado, de grande poder durante el gobierno provisorio, pero cuanto á lo físico sumamente maltratado por la naturaleza, quiso dirigir la palabra á la cámara. “¡Qué feo es!” exclamó uno de sus colegas. “Tiene la cara de la república,” le contestó una voz.

(2) *Confesiones de un revolucionario*, Proudhon, pág. 46.

(3) Obra citada, pág. 41.

mor del porvenir, ni se atreve á moverse ni á obrar: es tan grande su falta de voluntad enérgica, que casi se podia decir que ha dejado de palpitar su corazón. Entre los órganos del poder se encuentran veleidades de valor y el deseo de la fuerza; pero una cosa inerte y maquinal, hija de la confusion de las ideas, se opone á todo impulso. ¡Y nada se mueve: todos se vigilan mutuamente, se observan, se estudian, se temen; pero todos tienen buen cuidado de no andar!

Diríase que es el país presa de una de esas pesadillas en las cuales se hacen esfuerzos sobrehumanos para quebrantar el suplicio levantándose, y se halla uno sin poder moverse en medio del vacío y de las tinieblas. Todo es aniquilamiento, impotencia y negacion.

“¡Dejadlos que se gasten!,” dicen ciertos hombres de orden y conservacion, contemplando á sus enemigos con un tétrico estupor. Pero van ya sesenta años que hiere y asuela nuestras comarcas el genio de la revolucion sin haber perdido un átomo de su fuerza. No es él, en verdad, quien se gasta: muy al contrario, él es quien gasta, cercena, embota, borra y acabará por destruir enteramente los grandes principios en que descansaba el orden social y eran para la tierra una dádiva del Cielo.

Habia yo recorrido el año pasado el Norte de Europa, por el cual habia esparcido la república de Febrero el terror y la desolacion. Allí resonaban todavía las doctrinas de la anarquía, los furores contra el poder, y la batahola de la libertad.

Ahora iba yo á visitar á Roma y á Nápoles. Con Pio IX, segun los apóstoles de la democracia social, se habia desplomado para siempre el trono de San Pedro; y la caída del catolicismo era consiguiente á la del pontificado. Mr. Proudhon esclamaba “que habia sonado ya la última hora de la Iglesia;” y agregaba este grito sacrílego de triunfo: “¡Muerta la sabandija, muerta la ponzoña!” (1)

Cuanto al reino de Nápoles, no encontraba el vocabulario de la revolucion espresiones bastantes para describir el horror que debia inspirar á la Europa democrática un soberano valeroso,

(1) *Confesiones de un revolucionario*, páginas 250 y 254.

que habia tenido la temeraria idea de atreverse á defender su corona y sus derechos.

Los títulos de *monarca asesino* y *rey bombardeador* no eran suficientes para la calorosa indignacion de los socialistas.

Si los grandes ciudadanos, á la guisa de los Robespierres, los Dantons, los Barbés, los Sobriers y los Flocons, proclaman que la insurreccion es un deber sagrado, y tocan generala para poblar las barricadas de plebe enfurecida, y llaman *cosa santa* á la guillotina, y por satisfacer su ambicion devastan el pais á fuego y sangre, nada mas justo, nada mas legal: en eso no hacen sino usar de su derecho. Esos falsos apóstoles de la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad* pueden entregarse impunemente á todas las orgías del homicidio y la depravacion, á todas las saturnales de la destruccion y la venganza! . . . . Eso les aprovecha: luego es bueno.

¡ Pero un rey! ; Un rey atacado! . . . . ; Un príncipe que oye rugir la rebelion en derredor de su palacio, que ve encender las teas del incendio al pié de sus paredes, y que sabe que en nombre de las mentirosas palabras de *emancipacion* y *regeneracion*, lo que se le va á dar á su pueblo es *degradacion* y *miseria*! ; Oh! ese no tiene derecho de sacar la espada para sostener mutuamente sus vasallos y su trono, para salvar á la vez la religion, la monarquía y la propiedad! No; su deber es dejarse degollar cobardemente en union de los suyos por los satélites del terror. Si es valiente, es infame; y si triunfa, es un monstruo.

El 24 de Febrero atravesaba yo la ciudad de Marsella. Acababan de recibir las autoridades civiles y religiosas la órden de celebrar, en buena y debida forma, el advenimiento de la república. ; Estraña continuacion del sistema de Julio de 1830, que tambien mandaba festejar las tres *gloriosas jornadas*, á pesar de que las maldecia en el fondo de su alma! ; Y por qué las maldecia! Porque el gobierno de entonces sabia muy bien que al preconizar el principio de insurreccion que le habia creado, consagraba el derecho de rebelion que habia de dar con él en tierra.

Sin embargo de esto, el ministerio de Luis Napoleon, aunque animado del propio pensamiento que sus antecesores, proseguia

el mismo método, mandando celebrar fiestas nacionales para consolidar lo que habia querido reducir á polvo y nada.

“ *No era de mi gusto la república*, decia el ministro Leon Faucher á la cámara, “ *y sin embargo de esto lo he aceptado.*” (1)

Agregaremos que no era del gusto de ningun hombre de bien, y que, hablando con franqueza, no habia sido aceptada por nadie.

Tenia órden la autoridad de Marsella de solemnizar el 24 de Febrero con una misa de difuntos, despues de la cual debia entonarse un solemne *Te Deum*. ; Un *Te Deum* entre los negros tapices del luto! ; Qué alegría tan sepulcral!

Ved aquí la esplicacion que yo me daba del programa:

“ El oficio de difuntos era para suplicar al Señor que tuviese misericordia de los que habian perecido, bajo estandartes mas ó menos rojos, en las barricadas de la revolucion; el *Te Deum* era para dar gracias al Todopoderoso, por haber desembarazado de ellos á la Francia.”

Embarquéme para Nice, y de allí para Génova *la soberbia*, refugio en la actualidad de los proscritos políticos. En vano busqué en ella la *Italia*, esa tierra clásica de las artes, de la armonía, de los placeres, de la luz y la poesía. El cielo estaba ceniciento y helado; por todas partes encontraba yo miradas inquietas y sombrías; todos me hablaban de conmociones próximas, de revoluciones inminentes, de un cataclismo europeo. ; Y ésta era tu obra, oh Francia, y en esto has venido á parar, Italia hermosa!

Solos tres dias permanecí en Liorna; y poco despues, una hermosa mañana de primavera, entraba yo en el hermoso golfo de Nápoles. A mi derecha estaba la isla de *Procida*, á mi izquierda la de *Nisida*; y estas dos risueñas centinelas avanza-

(1) Sesion del 22 de Febrero de 1850.

das parecian velar desde su anfiteatro de rocas y jardines sobre *Parthénope*, sobre esa maravilla de la naturaleza. Delante de mí se levantaban *Ischia* con sus bosquecillos de naranjos y el cabo *Miseno* con sus recuerdos de Corina; á lo lejos, *Caprea* con su gruta azul y su palacio de Tiberio; mas cerca, el *Pausilippo* con su camino subterráneo y su tumba de Virgilio.

¡Sí! ¡Allí estaba otra vez mi Italia, con su clima encantador, sus nombres melodiosos, sus prestigiosos recuerdos y toda la poesía de su cielo!

Torrentes de luz bañaban en aquel instante la hermosa capital; y las aguas undosas de un mar sereno, en el cual se reflejaba el puro azul del firmamento, parecian saludar sus riberas con orgullo, con amor y con respeto.

¡Cuántas delicias preveía yo reservadas para mí en recorrer á *Castellamare*, á *Portici*, á *Herculano*, á *Sorrento*, á todas las magnificencias del pais! Alzábase ante mis ojos el *Vesuvio* con su negro turbante de humo; en sus anchos costados veíanse aun las huellas del rio de lava inflamada que acababa por ellos de precipitarse. Doraba el sol entre tanto las verdes colinas, que parecian burlarse de los truenos de la montaña. ¡El *Vesuvio* y el sol! . . . . ¡Dos ardientes eternidades! ¡Dos gigantes de fuego frente á frente! ¡Qué grande y qué hermoso era este espectáculo! . . . .

Mas ¡ay de mí! A despecho se alejaba el pensamiento de aquellas poéticas imágenes, y mi corazon solo tenia voz para decirme lo siguiente:

“Aquí tambien, aquí en esta tierra privilegiada, ha habido apóstoles del estermínio, de esos que todo lo marchitan con su hálito impuro de revolucion! ¡Aquí tambien ha habido estragos que han afectado hasta la naturaleza! Y no podia ser de otra suerte, porque donde soplan los vientos de la anarquía, ya no hay respeto para los esplendores de la creacion ni corazon para gustar los apacibles encantos de la vida contemplati-

“va. ¡No mas bellas artes! ¡No mas dulces ensueños! ¡Vimos con Satán, en medio del caos.”

Poco despues de mi desembarque, acudí al palacio de Caserta. Habia oido tantas y tan diversas opiniones acerca del rey de Nápoles, que ansiaba por juzgarle yo mismo. Fuí admitido á su presencia.

Ella bastó para prevenirme en su favor. El rey es de elevada estatura: su mirada es espresiva, y afectuosa su sonrisa. Su traje es sencillo con extremo; y luego da á conocer que el monarca se ha convencido de que en los tiempos actuales no es ya la autoridad real una vana y pomposa ostentacion. Esa autoridad debe ser sobre todo un poder protector y firme; pero el rey de Nápoles, aun en medio de todas las magnificencias de la grandeza, conservaba la afable y régia sencillez de un digno nieto de San Luis.

Salióme graciosamente al encuentro, y haciéndome sentar á su lado se puso á hablarme de los negocios de Francia. ¡Ni cómo hablar de otra cosa en la época actual! Del polo norte al polo sur, y desde el palacio hasta la cabaña, en todas partes se habla de Paris. . . . ¡Allí están los destinos de la tierra!

El rey es muy amado por su pueblo; y lo que pasmaria en Francia es que nada aumentó su popularidad con promulgar la famosa constitucion en que renunciaba espontáneamente una parte de su poder absoluto. La plebe desestima por lo comun la generosidad de un soberano que se despoja de su fuerza. El populacho francés admiraba á Napoleon déspota; y habria despreciado á Napoleon demócrata.

Habla el francés Fernando II con notable facilidad; parecióme muy enterado de la situacion actual de la Europa; y cuando me puse á pintarle la república de Francia, esa creacion extraordinaria del desorden y el miedo; esa figura viva y muerta á la vez, cuya cabeza y cola solo atisban el momento de devorar-

se entre sí, noté que me escuchaba con la meditacion del sabio y la sonrisa del hombre pensador.

Largo tiempo duró mi conversacion con él; y me asombró al escucharle su profundo conocimiento del tiempo y de los hombres. Profesa á su pais un amor desinteresado y sin límites. Este noble príncipe es enteramente desconocido en Francia: es su corazon tan desinteresado como recto, y está sin mancha su conciencia.

Parecióme espantado de los progresos del socialismo, y de los golpes asestados en todo el Norte de la Europa contra la religion, la monarquía, la familia y la propiedad. Trabajo le cuesta comprender, lo mismo que á todo entendimiento ilustrado, cómo es que, en este siglo de inteligencia, puedan las naciones llevar la credulidad hasta el punto de imaginarse que el desórden continuo es un trabajo que redunde en provecho suyo.

Ninguna necesidad tenia yo de decirle que la forma republicana ensayada en Francia hace medio siglo, solo habia rematado despues de diez años de existencia en cubrir el pais de escombros y de sangre; ni que habia forzado á la nacion á arrojarse al despotismo por salvarse de la anarquía; ni que, gracias á este régimen fatal, no habia pasado esa Francia de la carnicería de los cadalsos á la matanza de las batallas sino para alcanzar los desastres de dos invasiones. Demasiado conocia el príncipe todas estas verdades.

¡Ay de mí! Las últimas revoluciones de Italia deben haberle confirmado mas que nunca en este pensamiento: que las instituciones demagógicas invocadas á gritos por el genio de las revoluciones, en vez de dar á los pueblos la prosperidad, la libertad y la ventura, funcionan constantemente en sentido inverso y están en conspiracion permanente contra ese mismo progreso que pretenden favorecer.

Retiréme de la presencia del rey con la esperanza de volverle á ver y de verle con frecuencia. Fernando II, el Borbon tan ca-

lumniado, es uno de los mas hermosos caractéres de la época. He adquirido pruebas incontestables de su bondad paternal y de sus raras virtudes. ¡Ah! Sean cuales fueren los esfuerzos de sus detractores, tarde ó temprano, se ha de abrir paso la verdad.

Entonces dirá la historia imparcial, que cuando se pedian á gritos constituciones por todas partes, fué Fernando II el primero que en Italia se la otorgó á su pueblo. Creia que ese era el voto de sus vasallos; pero despues se desengañó, y cuando el partido que se atrevia á apellidarse la nacion se hubo valido de las concesiones que el rey le habia hecho generosamente para volverlas en su contra cual armas de muerte, Fernando II fué el único de todos los soberanos combatidos por la insurreccion que permaneció en pié sobre su trono y triunfó completamente de los manejos de la Inglaterra y las intrigas de la Francia. Añadirá la historia que despues de abatir en su capital la hidra de la revolucion con la ayuda de su pueblo, supo reconquistar la Sicilia á pesar de la Inglaterra, á pesar de la Francia, y cuando se hallaba la Italia entera orillas del abismo. Dirá tambien la historia que fueron ejecutadas por él todas esas cosas inmensas sin crear nuevos impuestos. Y finalmente, dirá la historia que supo levantar mas grande y mas fuerte su monarquía cuando casi todas las demas se inclinaban humildes y trémulas.

Hallábame una mañana en casa del príncipe de Salerno, tio del rey. Este príncipe, de inagotable beneficencia y rara bondad, es objeto privilegiado del amor de los napolitanos. Su talento de conversacion es maravilloso, y muy grande la exactitud de sus ideas. Preguntábame sonriéndose, si Francia habia obtenido la libertad por medio de la república.

—“ Monseñor, le contesté, si *la república diese la libertad* al pais, el primer uso de *su libertad* que hiciera el pais seria abolir *la república*.”

—“ ¡Mucho ha padecido la Francia!” repuso él.

—“ Sí, monseñor, y otro tanto ha querido la Europa, que la imita hasta en sus abatimientos y dolores. Se ha desplomado